

VALETVDINARIVM

Ángel Vila Rovira



 Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: junio 2021

Depósito legal: AL 1407-2021

ISBN: 978-84-1104-175-1

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Ángel Vila Rovira

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Ilustración de portada: Nanna Garzón

© Ilustradora (páginas interiores): Gina Sandúa March

© Fotografía: Juanjo Gago

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

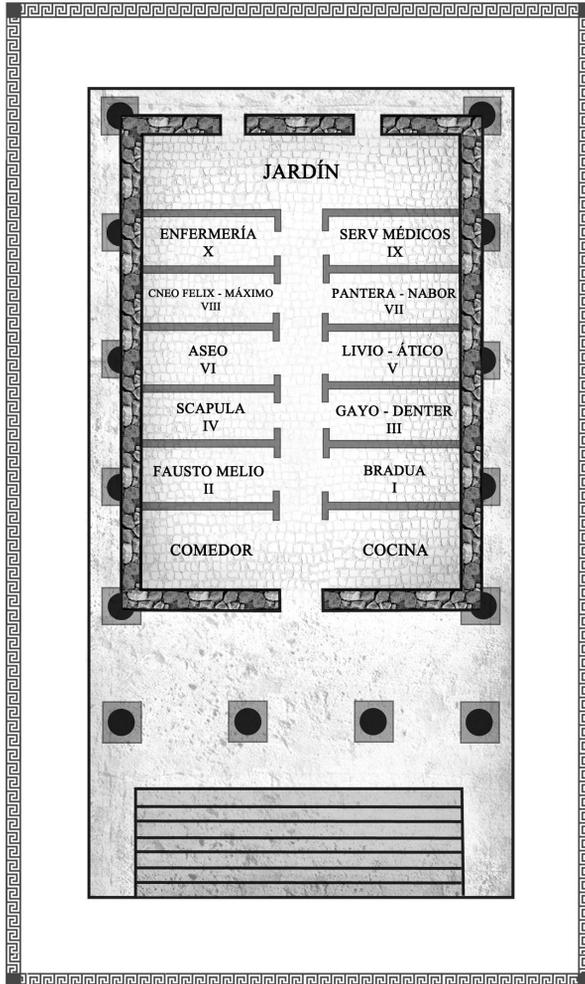
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

A todos los sanitarios del mundo, en especial a los
dos que me vieron nacer y crecer. Y a mis hermanos y
sobrinos, cuya esencia se encuentra en estas páginas.

A Cristina, mi fuente de inspiración,
por las mariposas del día a día.

DISTRIBUCIÓN DE LOS COMPARTIMENTOS DEL VALETUDINARIUM



259 d.C.

Ante diem III Idus Ianuarias

I

Quinto Valerio Gayo se asomó a la única ventana de su *cubiculum* para divisar la vastedad y belleza del Mare Nostrum, que se encontraba a algo menos de treinta pasos, una distancia tan corta que en sus días de mayor bravura llegaba a salpicar sobre el alfeizar. Pero esa mañana, aquellas aguas someras permanecían serenas, convertidas en una llanura azul interrumpida solamente por unos pocos barcos mercantes que partían del puerto.

Tuvo que entrecerrar sus ojos pardos para no exponerlos a los rayos del sol que se proyectaban con la intensidad del fuego desde el reflejo de las aguas. Sintió nostalgia al atisbar cómo media decena de pescadores aguardaban pacientes a que picara el anzuelo, deseosos de levantar un buen jurel o, mejor todavía, algún hermoso atún del que poder presumir al llegar a casa. Llevaba veintiocho amaneceres encerrado en ese lugar espantoso, y no pasaba un día sin que deseara volver a coger una caña de pescar y ejercer su amado oficio.

En el *Valetudinarium* se sucedían los gritos de dolor, pánico y enajenación, que recorrían un pasillo lúgubre, ni muy ancho ni muy estrecho, para filtrarse en cada una de las estancias. El alar-

gado edificio se había levantado veinticinco meses atrás para el cuidado de soldados locales que resultaban heridos mientras defendían el norte de la provincia de las acometidas bárbaras. Lejos del fragor de la batalla, podían estar cerca de la familia mientras se recuperaban en un entorno pacífico al que llegaban en barco o a caballo, a través de la bien empedrada vía Augusta, la arteria que comunicaba las principales poblaciones costeras de la península. Sin embargo, en los últimos tiempos los legionarios lastimados no aparecían más que en cuentagotas, por lo que habían otorgado nuevos servicios a aquella construcción.

El edificio se situaba en los extramuros de Tarraco, un centenar de pasos al noreste del anfiteatro, prácticamente al mismo nivel que el mar. Quedaba cerca del principal acceso a la colonia, una puerta con doble arco de medio punto que atravesaba la imponente muralla, y que Gayo no sabía cuándo volvería a cruzar.

Exteriormente era una de las edificaciones más seductoras de la urbe y sus alrededores. Levantada sobre una base rectangular de dos cuerpos de altura hecha con *opus caementicium*, se accedía a ella a través de una escalinata frontal. Cuatro columnas en su fachada delantera y otras cinco hundidas en las paredes de los flancos servían de apoyo al pesado arquitebe y el triangulado frontón, que se encaraba al mar.

Por dentro, sus muros eran estrechos. Una puerta de madera de ciprés separaba el pasillo de cada una de las habitaciones, que se contaban por nueve incluyendo la enfermería. Su color melaza contrastaba con el rojo de las paredes decoradas con frescos de temática bélica. A Gayo le parecían espantosos. Consideraba que no propiciaban un entorno adecuado y pacífico para los internos, cuya única responsabilidad era la de sanar heridas, alma o ambas a la vez.

El día a día en el *Valetudinarium* era tan monótono como exasperante. Solamente se les permitía salir de las habitaciones un breve rato cada tarde, además de para realizar las tres comidas

diarias. El resto del tiempo, estaban confinados bajo llave, salvo si recibían alguna visita por la mañana o tenían que acudir a la enfermería para recibir curas o ser evaluados por el *medicus*, algo que no sucedía con demasiada regularidad.

—Al fin despertaste —le dijo Gayo a su compañero justo antes de bostezar—. No alcanzo a comprender cómo has podido dormir algo.

Marco Septimio Denter sonrió mientras se desperezaba. Era un joven presumido y atractivo, con el pelo muy corto, una mandíbula prominente y mirada cálida. A sus veintisiete inviernos, dos más que Gayo, había trabajado como transportista de piedras en una cantera cercana a la urbe, pero suponía que habría perdido su ocupación tras llevar más de dos meses sin aparecer por la pedrera. Había ingresado en el *Valetudinarium* de manera voluntaria al no poder controlar el pánico que le generaban las formas redondeadas. Su temor era tan grande que no podía utilizar platos para comer ni mucho menos mirar a los ojos de nadie.

Era un tipo que escuchaba más que hablaba, y por ello, Gayo creía no conocerle del todo. En los últimos días se había mostrado más alegre que de costumbre, después de reconocer durante un yantar que había disfrutado de un encuentro íntimo en el jardín con una muchacha con la que tenía un romance, pero Gayo no se convenció de ello, dado que Denter apenas había recibido visitas desde que compartía habitación con él.

Pese a todo, Gayo agradecía a los dioses tener un compañero como ese, que mostraba interés por sus problemas, parecía comprender sus sentimientos y, sobretodo, porque su enfermedad no suponía un riesgo físico para los demás.

—Tantas noches sin dormir acabaron con mis fuerzas —respondió al fin.

—Yo no creo que llegue a acostumbrarme nunca a los gritos de Nabor. No he podido pegar ojo, y eso que, por una vez, los demás se han comportado.

Denter volvió a sonreír. Habían vivido noches peores. Seguidamente se incorporó y empezó a prepararse para asearse en cuanto los soldados abrieran la puerta. Era el único interno que se lavaba de arriba abajo todos los días.

Gayo se quedó apoyado en la ventana, con la cabeza ligeramente asomada al exterior. La brisa le arremolinaba el cabello castaño, ya de por sí revuelto, y acariciaba la piel dorada de su torso delgado y su cara, en la que llamaban la atención unas cejas espesas y una perilla de chivo. Reflexionaba acerca de lo que le había sucedido cuatro semanas atrás. Las imágenes más sobrecogedoras pasaron lentamente y sin la más mínima delicadeza por su cabeza. Le era especialmente doloroso recordar a su madre abrazándolo, arrodillada en el suelo, pidiendo ayuda divina a Júpiter mientras bañaba de lágrimas saladas la frente de su único hijo varón. Gayo se preguntaba si algún día podría llegar a perdonarse por haberle causado tanto dolor.

Con el pulso tembloroso, recordó también la mirada apagada de su hermana la primera vez que lo visitó. Parecía otra persona. Sus ojos eran incapaces de disimular una tristeza que la estaba consumiendo. Su habitual risa contagiosa, su radiante cara, sus locas ocurrencias, sus gestos cariñosos... Todos sus rasgos distintivos se habían esfumado por su culpa.

—No empecéis sin mí —pidió Denter interrumpiendo los pensamientos de Gayo, que no había advertido que ya habían abierto la puerta. Dio un golpecito en la misma y abandonó el *cubiculum*, llevándose consigo una esponja, aceite perfumado y una toalla de lino para secarse.

Todavía en la ventana, Gayo echó un último vistazo al mar antes de calzarse unas sandalias de cuero que dejaban gran parte del pie al descubierto, y salió hacia el comedor. El hambre empezaba a retorcerle el estómago de manera atroz.

Ningún individuo levantó la mirada cuando Gayo entró a la sala más grande del edificio, que a diferencia de los *triclinia* de las *domus*,

no contaba con divanes ni mesas bajas. A la izquierda del salón se encontraba una gran mesa cubierta con un mantel blanco sobre la cual reposaban bandejas llenas de comida y algunas jarras de cerámica rebosantes de vino o agua. Al fondo, dos grandes ventanas parecían vigilar una fuente que estaba situada entre ellas, a ras de suelo. Y a la derecha se disponían tres mesas rectangulares del mismo tamaño. En la más cercana a la puerta, dos hombres mayores ya desayunaban, mientras que en la del fondo había otros tres que charlaban distendidamente. En la mesa central, la de los jóvenes, Ático esperaba con la cabeza inclinada hacia atrás y la boca abierta.

—Denter se está aseando —informó Gayo—. Vendrá enseguida.

Sin vacilar, tomó asiento en diagonal frente a él y vació la jarra de agua en todos los vasos salvo el de Ático, que ya se había servido un poco de vino. El último que llenó fue el de su compañero Denter, un extraño recipiente hecho de arcilla y torneado de forma hexagonal, que no le provocaba enajenaciones al beber de él.

Lucio Ático era el más joven de todos los internos. Recién había cumplido los veinte años, pero aparentaba bastantes más. Tenía el pelo oscuro y largo, aunque con algunos trasquilones, nariz afilada y una papada propia de personas de más edad. Poco se sabía de él, porque no hablaba. Ni siquiera su compañero de compartimento, Aulo Livio Iunior, había logrado sonsacarle palabra alguna. Pero más allá de eso, lo más inquietante era que siempre parecía ausente, ajeno a cualquier conversación.

—¿Y Livio? Qué extraño que no esté por aquí... —pensó Gayo en voz alta, momentos antes de verlo aparecer por la puerta cubierto por una *paenula* cochambrosa bajo la que se escondían unos brazos fornidos y un torso moldeado.

—Ya estoy de vuelta.

—Es la primera vez que llego antes que tú...

—Ese día todavía no ha llegado, querido. Hace más frío del que pensaba y he tenido que regresar a la celda a por la capa.

El siguiente en llegar fue Fausto Melio, un campesino que, de vez en cuando, hacía sus pinitos en el teatro como actor de comedias. Llevaba consigo un pequeño saco con sus enseres, principalmente ropa. Quería despedirse, puesto que después de cinco semanas el *medicus* le había dado el alta que todos ansiaban. Sus colegas se alegraban por él, aunque le esperaban meses muy duros, tal vez años, en los que tenía que hacer frente a una gran deuda que le ahogaba y que, según habían sabido, le iba a resultar difícil solventar.

Se le notaban las ganas de abandonar el edificio, ya que ni siquiera esperó a los compañeros de mesa que faltaban para empezar a despedirse. Primero se abrazó emocionado con Livio, con quien había hecho buenas migas después de que este le ofreciera un trabajo alternativo en cuanto le dejaran regresar a casa. Ático se limitó a dar un sorbo de vino, obviando la despedida. Y Gayo le deseó suerte, consciente de que la iba a necesitar, y le estrechó el antebrazo con un apretón tan impetuoso que hizo caer algo de la manga de Fausto Melio. Era una pequeña bolsa de piel que al golpearse contra el suelo sonó como si estuviera repleta de monedas. El campesino la recogió rápidamente y abandonó el comedor con repentina prisa.

—¿De dónde habrá sacado esas monedas? —Livio se encargó de decir en voz alta lo mismo que había pensado Gayo.

La escena extrañó a todos, pero quedó en el olvido en cuanto llegó Denter, aseado y elegantemente ataviado. El hambre apremiaba y empezaron a desayunar sin ni siquiera esperar a Bradua, que acostumbraba a apurar su tiempo en la cama.

El *ientaculum* no ofrecía demasiada variedad. Pan duro, queso, manzanas y uvas eran lo que se llevaban a la boca todas y cada una de las mañanas. Casi siempre terminaban con todas las existencias salvo el pan, cuya dureza lo hacía prácticamente incomedible excepto para aquellos como Ático que lo remojaban en vino para ablandarlo.

Hablaron distendidamente de lo largas que se les hacían las noches y de cuánto anhelaban dormir en casa. Entre cuchicheos, no dudaron en bromear acerca de Nabor y sus escándalos nocturnos, tomándose con cierto humor las molestias que les generaba.

—Imaginaros lo que sería tenerle como compañero de habitación... —indicó Gayo llevándose las manos a la cabeza.

—Si me encerraran con él o con Pantera me arrancarían las orejas —apuntó Livio, provocando algunas carcajadas que llamaron la atención de las demás mesas. Gayo hizo una señal con la mano para que bajaran el tono, pues no era moral burlarse de otros compañeros con la que tenían ellos encima, y desde entonces siguieron hablando a susurros.

Al terminar de desayunar, permanecieron sentados, debatiendo, aprovechando los pocos minutos que quedaban antes de que los soldados les acompañaran de nuevo a sus estancias. Y en esas estaban cuando, al fin, apareció Bradua.

—¡Creí que no llegaba a tiempo!

El pelirrojo cogió un pedazo de pan y lo engulló sin esfuerzo, con la rudeza que lo caracterizaba, y después se llenó la boca con media docena de uvas. El jugo empezó a manarle entre los dientes, deslizándose hacia la barbilla hasta manchar sus ya de por sí sucias y desgastadas ropas.

Todos sus compañeros rieron, salvo el ausente Ático. Denter llegó incluso a atragantarse, haciendo que aumentara la jarana. Sin embargo, poco después hubo algo en él que aplacó bruscamente las carcajadas. Tenía la mirada perdida, ida, quebrada. De repente, cuando volvió en sí, comenzó a tiritar, destemplado.

—Me encuentro... muy mal —alcanzó a decir a trompicones.

Los temblores dieron paso a enérgicos espasmos, y su tez adquirió rápidamente un preocupante color morado. Gayo y Bradua se le acercaron mientras Livio iba a la fuente a por un poco de agua. De un instante a otro, los espasmos cesaron y se quedó inmóvil, como si hubiera mirado a los ojos de la gorgona Medu-

sa. Parecía que no respiraba. Bradua se agachó para ponerse a la altura de sus ojos. Se habían vuelto blancos, como la espuma del mar. Denter no veía nada en absoluto, porque de ser así hubiera empezado a gritar aterrorizado nada más ver sus pupilas redondeadas.

—¡*Capsari!*—gritó Bradua asustado.

Le golpearon las mejillas buscando una reacción que no llegaba. Estaba frío como un témpano de las tierras septentrionales. Livio se presentó con el agua y se la echó por la cara sin lograr ningún efecto. Un momento después, justo cuando la enfermera entraba al comedor, Denter cayó desplomado sobre el gélido suelo marmóreo, donde empezó a convulsionar.

II

Los más precavidos se acercaron con cierta cautela, mientras que otros como Scapula o Nabor se levantaron de sus bancos tan enérgicamente que los hicieron volcar. El único que no reaccionó a la grave situación que se había generado fue Ático, que estaba ensimismado. Todos los demás querían ayudar pero nadie sabía cómo.

Denter tenía el rostro señalado por la muerte. Sus pupilas, del color de la miel, ahora estaban completamente en blanco, y por su boca asomaba una sustancia espumosa que alguien no tardó en limpiar, en un estéril intento de contribuir a la reanimación del desvanecido. Gayo le cogió por los hombros y lo sacudió buscando una reacción que no llegó, y acto seguido, cuando se disponía a tomarle el pulso, vio cómo llegaban los refuerzos.

Dos robustos legionarios se abrieron paso a empujones. Eran los encargados de la vigilancia del *Valetudinarium*. De similar estatura, por encima de la media, se diferenciaban fácilmente por el tono de los rizos que asomaban debajo del casco metálico que les cubría la cabeza: del color del trigo los del más veterano, y azabache los del otro. Vestían con la habitual indumentaria del soldado raso: además de la *galea*, una resplandeciente coraza laminada que cubría buena parte de la túnica roja de lana, un pañuelo que protegía el cuello de las rozaduras de la armadura, un cinturón de cuero del que colgaban dos armas de filo y unas sandalias con la

suela tachonada con clavos. El legionario rubio, además, también portaba una jabalina en su mano derecha que no soltó para tratar de dominar la situación y, en parte, por temor a que alguno de los internos se apoderara de la misma.

Detrás de ellos se asomó Orestilla, una de las *capsarii* que cuidaban a los pacientes. Su semblante estaba devastado por el horror, pero aplacó el miedo que recorría su espina y se hizo cargo de la situación en ausencia del *medicus ordinarius*, ordenando el traslado de Denter a la décima puerta, aquella que albergaba la sala de curas. Gayo trató de encontrar en su rostro un resquicio de esperanza, pero las lágrimas que Orestilla se esforzaba por retener le hicieron temer lo peor.

Los soldados levantaron el cuerpo rígido de Denter sujetándolo por las cuatro extremidades. Lo hicieron con tanta brusquedad que se le soltó la brillante fíbula que unía las partes delantera y trasera de su túnica. De no ser por el propio Gayo, que la recogió al vuelo, posiblemente la hubieran pisoteado y resquebrajado.

—Bradua... —Livio apenas podía articular palabra—. Yo tampoco me encuentro bien. —Estaba tan desorientado que cayó sobre la mesa, impactando con varios vasos y platos que esta vez nadie pudo evitar que se rompieran en mil pedazos de arcilla al estamparse contra el suelo. Bradua, que estaba junto a él, lo atrajo hacia sí tirando de su abdomen y le ayudó a sentarse en el banco más cercano mientras buscaba a Orestilla con la mirada, pero esta ya había desaparecido por el pasillo camino de la enfermería.

Aunque no quería sembrar más alarma, el pelirrojo se vio obligado a alertar del malestar de su amigo, que a diferencia de Denter, no perdió la consciencia en ningún momento. Tras un instante de opresivo silencio, decidió pasar a la acción, viendo que todo el comedor estaba paralizado. Se alejó hacia la fuente y colmó de agua una vieja jarra que había recogido por el camino para, instantes más tarde, agacharse frente a Livio y humedecerle la nuca, la cara y el grasiento pelo castaño que poblaba su cabeza.

Cuando regresaron los legionarios, al cabo de poco, olisquearon los problemas con solo observar las pálidas caras de los presentes. Todas las miradas estaban puestas en un banco sobre el cual descansaba un hombre ligeramente agazapado, con los codos apoyados en sendas rodillas y sujetándose la cabeza con las manos. Pico, el soldado rubio que estaba al mando, levantó la voz.

—¿Qué sucede?

—Livio dice que se encuentra mal —se apresuró a responder Gayo, que observaba cómo su compañero tenía dificultades para ventilar. —Y yo también.

Aquella última declaración hizo desaparecer la cordura que había predominado hasta entonces, reviviendo muchos de los trastornos por los que los enfermos habían ingresado allí. Uno de los que generó más escándalo fue Bradua, que comenzó a sentir cómo la presencia de unos espectros errantes que desprendían luz propia, sin cabello y con la piel azul corroída, se acercaban a él para arrastrarlo al Hades. Tratando de ponerse a salvo del espejismo, levantó la parte inferior de su vieja túnica para subirse ágilmente a su mesa. Cuando se puso en pie, alzó las manos llenas de callosidades al cielo y empezó a hacer aspavientos y a desgañitarse pidiendo clemencia a los dioses, olvidándose de prestar cualquier ayuda que fuera necesaria en aquellos momentos en los que el desconcierto había dado paso a la agitación.

—¡Vienen a por nosotros! ¡Vamos a morir! Por todos los dioses, ¡sed misericordiosos conmigo! —exclamaba asustado.

No dejó de gritar ni de moverse encima de la mesa, como si quisiera evitar que los espíritus le alcanzaran. Se mostró tan nervioso que, involuntariamente, golpeó con el tobillo el único vaso que quedaba en pie, haciendo que se derramara el vino y salpicara el atuendo de Ático, que reaccionó de manera instintiva. El joven autista se levantó de su asiento y comenzó a bramar con furia a la vez que se llevaba ambas manos a la cabeza para arrancarse salvajemente algunos de los mechones de pelo que le quedaban.

Scapula, un tipo de cuarenta años bien llevados que lucía una atrevida cresta castaña y que se encontraba detrás de él, ajeno a los pelluzgones de cabello que caían flotando al suelo, sorteó con bastante pericia el banco que él mismo había derribado y se acercó amenazante a Pico. Sujetó al soldado por el cuello con su única mano y mientras le zarandeaba, le gritó con el rostro desencajado:

—¿¡Por qué me mataste, eh?! ¡Dime! ¿Por qué me mataste?

El legionario no dudó en quitárselo de encima y le propinó un certero puñetazo que hizo crujir su nariz. De inmediato, cuando vio que Scapula perdía el equilibrio y aterrizaba en el suelo, Pico se llevó la lanza a la mano izquierda para desenfundar el gladio con la diestra, y apuntó con su ferruginosa hoja afilada a Pantera, que se encontraba a escasa distancia de él, a cuatro patas, enseñándole los alargados dientes caninos y mirándole con los ojos inyectados en sangre. Pantera se le abalanzó adelantando sus largas uñas, pero el soldado lo esquivó con mucha destreza y le asestó un golpe en el centro de la espalda con el pomo del arma, haciéndole caer fulminantemente.

Los enfermos se habían desatado. Aquellos que no deliraban empezaron a rezar entre lágrimas. Tres compañeros se habían intoxicado y cualquiera podía ser el siguiente en notar síntomas. Nadie conocía la gravedad de la situación, pero el desvanecimiento que había sufrido Denter no parecía ser el mejor augurio. En medio de la barahúnda y desde lo alto de la mesa, Bradua profundizó en el pesimismo de sus compañeros sentenciando su suerte:

—¡Nuestros ancestros han venido a por nosotros! ¡Vamos a morir todos!

El grito hizo reaccionar a Agorix, el cohorte más joven, que hasta entonces no había dejado de observar, perplejo, el descontrol de la sala. Había visto en muchas ocasiones a los internos exhibir sus enfermedades, pero nunca a tantos a la vez.

—¿Alguien más se encuentra mal? —sondeó con su reconocible voz aguda. Al ver que nadie respondía, levantó la voz de nue-

vo. —¡Pico, reestablece el orden! —Y a continuación se dirigió a dos hombres que se encontraban arrodillados, con los dedos de las manos entrelazados delante del pecho—. ¡Vosotros, llevarlo a la puerta diez! —les ordenó señalando a Livio, que se dolía amargamente del estómago.

No tardaron los dos internos en obedecer las órdenes del soldado. Intentaron levantarlo por las extremidades pero uno de ellos no tenía la suficiente fuerza para hacerlo, de modo que finalmente trasladaron al maldispuesto sujetándolo por las axilas. Tras ellos salieron Agorix y Gayo, al que todavía le sobraba energía para caminar. Mientras, Pico, de modo renuente, intentó devolver la calma al comedor, tarea que le llevó algunos minutos puesto que su imagen, armado con jabalina y espada, no ofrecía serenidad ninguna. Cuando logró rebajar el desenfreno, acompañó a todos los internos a sus respectivas estancias, y cerró cada una de las puertas con llave para evitar fugas. Los hombres que habían llevado a Livio a la enfermería también fueron encerrados a cal y canto, una vez retornaron a sus habitaciones.

Al final del pasillo, la pequeña sala de curas se saturó en un abrir y cerrar de ojos, puesto que estaba acondicionada para atender un máximo de dos pacientes a la vez. En uno de los lechos se encontraba Livio, acostado en posición lateral, bramando exabruptos. En el otro, Gayo se disponía a adoptar la misma postura, ajeno a lo que sucedía junto a la puerta donde Orestilla intentaba reanimar a Denter, cuyo cuerpo yacía más frío que el suelo sobre el que descansaba.

Sin quitarle el ojo de encima a la enfermera, Agorix se acercó a la diminuta ventana que daba al patio trasero para retirar una lucerna apagada que descansaba sobre el alfeizar, logrando así una ligera mejoría en la iluminación de la sala. Acto seguido, apoyó su espalda en la puerta, y detuvo la mirada en un tablero de madera que quedaba delante suyo. Tenía numerosas manchas secas de sangre, que declaraban que aquellas cuatro paredes habían vivi-

do demasiadas escenas dolorosas, especialmente antes de que le reasignaran nuevas funciones al *Valetudinarium*. En su superficie se disponían ordenadas vendas y agujas, además de instrumentos de bronce y hierro que, según pensó, Orestilla no podía tardar en emplear si quería reanimar a Denter.

El soldado se disponía a prestar su ayuda a la enfermera cuando, antes de que pudiera pronunciar la primera palabra, fue atropellado por la puerta, que se abrió como si un huracán la hubiese embestido. De no ser por su rápida reacción, se hubiera descalabrado contra la mesa que quedaba justo a dos pasos de él. Al girar sorprendido el cuello, vio aparecer a Pico visiblemente exaltado, espada y lanza todavía en manos.

—¡No vuelvas a atreverte a darme órdenes, estúpido! —rugió contra Agorix al tiempo que se quitaba con dificultad el morrión metálico de la cabeza.

—¡No es momento de discutir! —exclamó Orestilla, captando su atención—. Tenéis que ir a buscar al médico, que todavía tardará un rato en venir. Le encontraréis en su *domus*, o tal vez en la Gran Explanada. —Colocó su mano sobre el pecho de Denter—. Cuanto antes regreséis, más posibilidades tendremos de salvarle la vida.

Pico vaciló un instante. No era conveniente dejar el edificio sin vigilancia, ni siquiera unos pocos minutos. Sin embargo, su compañero Agorix tenía las ideas más claras, y sin titubear, salió de la enfermería dispuesto a traer enseguida al doctor. Pico fue tras él, y lo rebasó a la carrera propinándole voluntariamente un golpe con el hombro lleno de iniquidad.

Enseguida se alejaron del edificio, tomando el sendero de tierra que comunicaba con el anfiteatro. Una vez allí, subieron la cuesta hacia la muralla con paso firme, acompañados por el sonido que emitían las tachuelas en cada pisada. Al cruzar los arcos se separaron, tal como habían acordado durante el itinerario. Pico se dirigió hacia el norte, donde se encontraba la mayor plaza del Imperio, y

Agorix se escurrió por las sucias calles residenciales del suroeste de la urbe. De esta manera lograrían ganar un valioso tiempo que en esos momentos corría veloz en contra de aquellos tres hombres.

Pico accedió a las gradas del circo por el flanco oriental y enseguida ascendió por unas escaleras hasta la terraza inmediatamente superior, donde se hallaba la Gran Explanada. Se trataba de una enorme y porticada construcción flavia en cuyo perímetro se cobijaban los principales edificios religiosos y administrativos de la colonia. La plaza estaba ocupada por decenas de estanques rectangulares levantados sobre el suelo y por numerosas estatuas, pedestres y ecuestres, de flamines provinciales, así como grandes cráteras de mármol que tenían una función decorativa.

El *munifex* se detuvo un instante a admirar la extensión infinita de la plaza. Había decenas de personas reunidas entorno a cada estanque o bajo cada uno de los pórticos, lo cual le hizo pensar que era poco menos que improbable encontrar allí a la persona que andaba buscando.

A poco menos de media milla, Agorix seguía corriendo espada en mano para asustar a los transeúntes y no tener que sortearlos. Decidió tomar algunas calles que estaban sin adoquinar, pues creyó que pisar un suelo más regular podría evitarle desagradables percances.

Siguió avanzando sin que le flaquearan las fuerzas, como si en ello le fuera la vida de su familia. Iba tan concentrado en sus zancadas, que apenas notó el rasguño que se hizo en el hombro al golpearse con un muro una vez que tuvo que girar en ángulo recto a su derecha, justo antes de llegar al domicilio del médico.

Primero golpeó la puerta de madera con la pesada aldaba, pero su impaciencia le hizo enfundar la espada y empezar a aporrearla con ambas manos a la vez. «¡Servano, Servano! ¡Abre! ¡Doctor, abre!», gritaba, sin saber si se encontraba allí.

Poco después, el chirrío de la puerta al abrirse hizo que se le desbocara el corazón. Sabía que si había alguna oportunidad

de salvar a aquellos hombres, pasaba fundamentalmente porque fuera el *medicus* quien se encontrara detrás del tablón. Precavidamente, asomaron unos pequeños y asustadizos ojos, seguidos de una nariz con el tabique ondulado. Al ver quién se encontraba al otro lado del umbral desveló el resto de su cara, sembrada de una barba frondosa de color avellana que hacía resaltar su reluciente calva.

—Señor, debes acompañarme de inmediato al sanatorio. Ha sucedido algo terrible.

Tras calzarse a toda prisa, Servano abandonó el vestíbulo y procuró seguir el ritmo del soldado, cuya condición atlética no estaba en duda. Sin embargo, pronto se distanciaron, y Agorix tuvo que aminorar la cadencia para que el *medicus* le alcanzara. El regreso no fue tan rápido como la ida, ya que a sus cincuenta años y con un exceso de peso más que evidente, Servano sufría profundos dolores en las rodillas, pero le permitió a Agorix ponerle en alerta explicándole lo poco que había visto: un hombre inconsciente en el suelo, otro que apenas podía moverse y un tercero que empezaba a sentir molestias. Todo ello en medio de un ambiente frenético.

Cuando llegaron, tuvieron que detenerse antes de ascender los doce escalones exteriores del edificio. Servano se estaba ahogando y necesitaba recuperarse del resuello. Agorix, que sabía que su presencia era tan indispensable como urgente, le puso la mano en la espalda empujándole hacia adelante, pero pasaron algunos segundos hasta que reanudaron la marcha. Poco después, al llegar a la enfermería, el cohorte recordó cómo Pico estuvo a punto de descalabrarle media hora antes y llamó a la puerta, tratando de advertir a quien pudiera encontrarse tras ella.

Al abrir, se encontraron con una escena inesperada. Hallaron a Gayo y Livio durmiendo en cada uno de los jergones, con buen color y una respiración más o menos normal, pero Orestilla se encontraba sentada en el suelo, con la espalda curvada hacia

adelante y las manos tapándole el rostro. Lloraba tan desconsoladamente que tardó una eternidad en levantar cabeza y poder articular alguna palabra.

—Denter...

Ni el soldado ni el *medicus* dieron crédito a lo que vieron sus ojos.
